

Ana de Jesús vista por Henri Bremond: un caso de comprensible incomprensión

M^a Pilar Manero Sorolla

De entre los seis tomos que Henri Bremond dedica a historiar el sentimiento religioso en Francia a través de la literatura ⁽¹⁾, el segundo está consagrado a lo que el mismo estudioso denominó "invasion mystique" (1590-1620), invasión, con mucho, española y ligada a la introducción del Carmen descalzo, primero en París ⁽²⁾, luego, muy pronto, extendido por la práctica totalidad del territorio francés ⁽³⁾.

El hecho, el éxito espiritual se entiende, no fue, ni mucho menos, fortuito. Y, en este orden de cosas, como en tantas otras, el clásico libro del abate de Bremond ayuda a comprender, porque lo evidencia e ilustra, la disposición devota y la preparación intelectual, religiosa y mística que hicieron posible la rápida y fructífera cristalización del legado teresiano -literario, vivencial, doctrinal- en la Francia mística del siglo XVII, desde el momento en que un grupo escogido de carmelitas españolas, encabezado por Ana de Jesús, funda en París el primer Carmen descalzo sobre los campos pertenecientes a los cartujos del antiguo priorato de Notre-Dame-des-Champs ⁽⁴⁾.

Ana de Jesús Lobera ⁽⁵⁾, primera priora de la Descalcez francesa, había nacido en Medina del Campo, el 25 de noviembre de 1545. De familia hidalga y formación espiritual jesuítica -dos hechos que, a mi modo de ver, marcaron profundamente su personalidad-, pasó en Plasencia su juventud, adoctrinada por los Padres de la Compañía, en particular por el P. Pedro Rodríguez, hasta su ingreso en el Carmen de Avila en 1570. Distinguida justamente por santa Teresa, desde el mismo momento de su conocimiento, convivió con ésta de manera estrechísima en los primeros años de su formación carmelitana, para muy pronto ser destinada a cargos de creciente responsabilidad. Maestra de novicias en Salamanca durante cuatro años. Priora de Beas durante ocho ⁽⁶⁾, llevará a cabo en 1582, junto a Juan de la Cruz -su tercer gran maestro-, la fundación de Granada ⁽⁷⁾, en la que permanecerá, al frente del priorato, hasta 1586, fecha en que fundará, a su vez, en Madrid, el ansiado Carmelo de santa Ana, asumido ya su papel de sucesora de santa Teresa en el Carmen descalzo ⁽⁸⁾.

No fue la madre Ana escritora por vocación, ni por obediencia, en un mundo, el teresiano, familiarizado con la escritura, y en un círculo formado por eminentes escritores -santa Teresa, san Juan, Jerónimo Gracián, María de san José-, y al que por derecho propio perteneció. Es ama que cuando le pedían que escribiese -y lo hizo con más que corrección cuando convino, como hemos visto ⁽⁹⁾ y hemos de ver ⁽¹⁰⁾- solía responder, saliendo al paso con humor: "Escrita me vea yo en el libro de la vida, que otros escritos no los apetezco" ⁽¹¹⁾. Y, sin embargo, será justamente ella la que asuma con celo y tesón la tarea de rescatar de la Inquisición, y publicar luego, los escritos de santa Teresa de Jesús ⁽¹²⁾, tarea que ha de llenar y marcar los años de su priorato en Madrid y con la que, en principio, salvaguarda la herencia espiritual teresiana materializada en su escritura, pero empresa que habrá de completar con la no menos importante transmitida en el seno de la vivencia y convivencia conventual, cuando, en 1591, se erija, asimismo, en defensora de las Constituciones teresianas primitivas ⁽¹³⁾, frente a las innovaciones distorsionadoras introducidas por el nuevo Provincial y primer General descalzo, Nicolás Doria ⁽¹⁴⁾.

Esta será, lógicamente, la clave de su desgracia: de su marginación primero en Madrid, donde fue muy difícil ladearla por la estima y consideración que se le dispensaba en la Corte, y de su posterior reclusión en Salamanca, hasta que en 1604, monseñor Pierre de Bérulle, con sus buenas dotes diplomáticas, consiguió llevársela a Francia a fundar ⁽¹⁵⁾, desde donde muy pronto, en 1607, pasó a Flandes, muriendo en Bruselas, en el propio Carmelo Real, que ella misma inaugurara catorce años antes.

Francia se presenta, pues, desde el conjunto de lo que fue la vida pública -y aún íntima- de Ana de Jesús, como una breve transición en su existencia y en su empresa fundacional. Y, sin embargo, la importancia y la trascendencia de su misión fue grande, como, a pesar de todo, lo reconoce el abate de Bremond, que hace de la carmelita española "Sainte néanmoins et grande sainte, insigne gloire de notre Carmel" ⁽¹⁶⁾. Aunque no siempre la elogiará, ni juzgará tan favorablemente, ya sea por distorsionada información; ya por predisposición -digamos nacionalista- poco apta para la comprensión de una situación que es, para Ana y sus compañeras, como, paradójicamente él subraya, de extranjería doble:

"(...) exilées dans un pays dont elles ne connaissaient pas les mœurs et dont elles entendaient à peine la langue, soumises à la direction de prêtres deux fois étrangers pour elles, puisqu'ils n'étaient ni carmes ni espagnols" ⁽¹⁷⁾.

El carácter de la madre Ana

La semblanza que realiza el historiador francés de Ana de Jesús es breve y prácticamente se circunscribe a una parte del cap. IV, 2 "Jean de Quintanadoine de Brétigny et les origines du Carmel français", iniciándose con una valoración contrapuesta a los conocidos elogios que de la sucesora de Teresa de Jesús hicieran la propia Santa, Juan de la Cruz, Jerónimo Gracián o Domingo Báñez y que conviene citar como punto de arranque de posteriores consideraciones:

"Bref, ils l'ont tous louée sans mesure. Quoi d'étonnant que les carmes aient chèrement disputé à Bérulle sa proie magnifique?. Disons-le pourtant avec la liberté de l'historien et à la lumière des faits qui vont suivre. Si la France a vu les extases d'Anne de Jésus, ella n'a pas vu en elle cette 'grâce' que lui reconnaissait sainte Thérèse, cet unique assemblage de 'qualités naturelles' qu'admirait Bañès. La perfection n'est pas de ce monde, mais souvent les imperfections des saintes sont aimables. Celles d'Anne de Jésus ne le sont pas. Sa rigidité majestueuse, glaciale, maussade parfois, ses préjugés d'espagnole, d'autres travers encore, on fait souffrir nos premières carmélites françaises, ont meme failli compromettre l'oeuvre de Mme. Acarie. Il est vraie qu'elle n'était venue chez nous qu'à son automne, mais déjà, nous le savons, son héroïque printemps n'avait pas eu moins d'épines que des fleurs" (18)

Contrasta en la valoración global de la madre -en la que Bremond utiliza testimonios aducidos por J.B.A. Boucher (19)- la posición, resueltamente negativa, del abate, a la par que sus prejuicios y desconocimiento de las opiniones de las carmelitas francesas al respecto (20), así como de las actitudes que cundieron en España en torno al viaje a Francia de Ana de Jesús. Porque la que fue dilecta para santa Teresa, san Juan o Domingo Báñez y rígida, glacial y hasta hosca para Bremond, llega a París mayor, es cierto -cumplidos los cincuenta y ocho años-, y con una muy determinada forma de ser. Firmeza de carácter, capacidad de decisión e inquebrantable fidelidad a la reforma teresiana en su pureza son sus rasgos más acusados, y ello desde su "heroica primavera"; rasgos, acaso desmesurados al llegar a Francia por la circunstancia de que acaba de salir -no lo olvidemos- de una larga aunque solapada reclusión, fruto de la encarnizada controversia y oposición a los nuevos Generales descalzos -Nicolás Doria, Francisco de la Madre de Dios-, arreciada en París, cuando, una vez más, se ve obligada a actuar a la defensiva y a tomar una actitud de vigilancia parecida a la mantenida en Madrid después de 1591. Así pues, entre otras cosas "de matiz" por las que andamos en desacuerdo, en verdad no creemos, como pensara Bremond, que "les carmes aient chèrement disputé à Bérulle sa proie magnifique", antes bien opinamos que la Descalcez española, el mentado Francisco de la Madre de Dios, muy particularmente, se sintió aliviado, liberado, con la intervención de monseñor, de una figura clave de la Reforma primitiva, y, por lo tanto, molesta en la nueva dirección que tomaba el Carmen en España. Para Ana, movida por una misión puramente espiritual, fue un volver a luchar por el cumplimiento de las Constituciones de 1581, las teresianas, las primitivas, las que, reimpresas por ella en Madrid hacia 1588, pasan a Francia, porque las lleva consigo a París, y que, traducidas por Brétigny, y no siempre respetadas por Bérulle, volverán a imprimirse en la capital francesa en 1607 (21). De ahí que, conociendo éstas, -¿las tuvo en cuenta Bremond?- se comprenda que la obra de Mme. Acarie, la famosa y loable congregación de Sainte Geneviève (22), sin comprometerla, la madre Ana, tuviese necesariamente que ajustarla al ideal teresiano, desechando para el Carmelo a la mayoría de sus aspirantes. Aunque es cierto que "ses préjugés" (23), más que de

española, de hidalga, le hicieran rechazar más tarde -esta vez por propio desconocimiento del gran secreto de la Fundadora, pero también por inflexibilidad y reticencia a la hora de modificar una ley⁽²⁴⁾-, a Louise d'Abra de Raconis, hija del embajador francés en Suiza, educada en el protestantismo: una conversa, al cabo, a los ojos de la muy cristiana vieja Ana de Jesús⁽²⁵⁾.

Ante la "amenaza" quietista

Asiente, en cambio, Bremond y aplaude a la madre Ana en su toma de posición frente a la llamada "Escuela mística abstracta" que, con orígenes platónicos pseudo dionisíacos y relación con la mística platónica florentina y del Norte, muy particularmente con los principios subrayados por Ruysbroeck en su *De ornatu*, se enseñoreaba de la espiritualidad parisina y hacía mella en la Sorbona y hasta en los mismos salones de la nobleza -tal el de Mme. Acarie-, y ello mucho antes de la aparición y magisterio de Fénelon⁽²⁶⁾. De todo lo cual, y de su valoración y reacción al respecto -concreción en la imitación de Cristo, frente a la "suspensión" abstracta preferida por las élites parisinas, que incluían al propio Bérulle-, da cuenta Ana de Jesús al llegar a París en carta escrita al Obispo de Osmá y guardada en el Carmelo Real de Bruselas⁽²⁷⁾, y que deja entrever en otras dirigidas a monseñor de Bérulle, felizmente conservadas⁽²⁸⁾. Bremond en este caso no escatimará elogios:

"Au demeurant -dice- quelle clairvoyance géniale, et chez une femme⁽²⁹⁾, qui ne sachant pas notre langue, devine, plutôt qu'elle n'entend, les confidences reçues!. Comme elle a saisi le danger quietiste qu'a souvent fait courir à la spiritualité française, et plus encore à la germanique et à la flamande, une dévotion trop littérale aux écrits du pseudo-Denis. Elle oppose la mystique latine et thérésienne, la nécessité des actes et d'un retour constant au Verbe Incarné (...). Nous reviendrons à cette question (...). Pour l'instant qu'il nous suffise de remarquer l'extrême vigilance déployée par Anne de Jésus, dès l'aube du splendide mouvement que nous racontons"⁽³⁰⁾.

Claro está que todo ello frenado por la gratuidad de su posible eficacia:

"Pour se vouer à la contemplation et à l'imitation du Christ -el cristocentrismo defendido en su concreción por Teresa de Jesús y reafirmado por Ana- ni la France catholique du passé -dirá Bremond- ni les disciples de Mme Acarie et de Bérulle, n'avaient attendu les leçons de la Mère Anne de Jésus"⁽³¹⁾.

¡La "clairvoyance" y la "vigilance" de la madre Ana habían de resultar, al cabo, superfluas!. No creo, sin embargo, que lo fueran en la orientación espiritual seguida por los primeros Cármes franceses conformados por el ideario teresiano-jesuitico, a todas luces contrarreformístico, de Ana de Jesús⁽³²⁾, aunque sus derivaciones religiosas hubiesen de ser otras en su ausencia.

La fundación de Dijon

El 15 de setiembre de 1605, Ana de Jesús dejó París acompañada por dos madres españolas del antiguo convento de Salamanca, Isabel de los Angeles y Beatriz de la Concepción y de otras postulantes francesas, entre ellas, Marie de la Trinité (Hannivel) y del fiel Brétigny, destacado de todas las fundaciones. El objetivo era fundar en Dijon un nuevo convento que muy pronto frecuentará la baronesa Jeanne de Chantal, futura carmelita de Troyes y puente entre la espiritualidad teresiana y la representada, posteriormente, por Port Royal y el misticismo de Francisco de Sales ⁽³³⁾.

Esta fundación que Bremond califica como muy querida por la madre Ana -"elle semble avoir beaucoup aimé cette maison de Dijon" ⁽³⁴⁾-, sin acertar en explicitar las verdaderas razones, revela, no sólo el buen entendimiento de Ana de Jesús con las carmelitas francesas, sino también el modelo de Carmen -siempre de acuerdo con las **Constituciones teresianas**- querido por la fundadora española, al que no se ajustaba el ejemplo de la Encarnación parisina, moldeada y nominada por Pierre de Bérulle. Pues ¿hasta qué punto había entendido monseñor la reforma teresiana iniciada en san José de Avila y los imperativos de Teresa de Jesús para apartarse del ejemplo de religiosidad insatisfactoria vivida y sufrida en la otra Encarnación abulense?. ¿Hasta qué punto distinguía Bérulle entre viejo y nuevo Carmelo?. Así, como réplica al monasterio de París, el Carmelo de Dijon llevará el nombre -y el nombre dice mucho en este caso- de san José. Y, de acuerdo con los ideales primigenios de la santa, seguidos por la venerable, frente a las cuarenta y ocho celdas del parisino, éste será proyectado para albergar a una pequeña comunidad ⁽³⁵⁾. Tampoco querrá ser centro de otros, como el del Faubourg Saint Jacques, ideado y cumplimentado por el futuro cardenal, pues el centralismo fue obviado siempre por la Reformadora en defensa de la autonomía de cada Carmelo, por vislumbrar en él un medio que permitiría aumentar, de una manera no teresiana, la autoridad y la libertad de acción de los Superiores sobre las monjas.

Éstas, y no otras, son, a mi modo de ver, las verdaderas razones de la madre Ana para sentirse a gusto en Dijon; ni mucho menos las que insinúa Bremond:

"Loin de Bérulle qui l'intimidait peut-être un peu, Anne de Jésus s'épanouissait dans ce milieu plus intime" ⁽³⁶⁾.

¿Cómo podía intimidarle "ce petit don Pedro" -así llamaba Ana a Bérulle desde su considerable estatura al insigne prelado- a ella que, treinta años mayor, había tratado con reyes y emperatrices, infantas y grandes, obispos e inquisidores, sabios y santos? Su marcha de París se ha de explicar, necesariamente, por otras razones: en parte por la misma dinámica expansionista del Carmen en la época; y en parte, también, y en este específico caso, porque habiendo comenzado a arriarse la oposición de Ana a monseñor, Dijon no fue tanto el pretexto de la madre para dejar París, cuanto el medio de Bérulle de alejarla de la capital; más concretamente, de alejarla de la princesa de Longueville ⁽³⁷⁾, cofundadora del convento parisino, fidelísima a la madre Ana, mujer de grandes recursos e influencias y acaso dispuesta a traer a los descalzos a Francia, punto de principal disensión y enfrentamiento entre don Pedro y la priora, si

exceptuamos el primordialísimo de la libertad de confesores para ella misma y para sus monjas ⁽³⁸⁾.

La supuesta España de charanga y pandereta

Conocido resulta el culto teresiano en torno a la poesía tradicional ⁽³⁹⁾, compuesta y glosada para la celebración de las ceremonias importantes de la Orden con motivo de las festividades, profesiones, tomas de hábito..., y como preparación, en muchos casos -en otros como simple esparcimiento y regocijo-, en los momentos de recreación ⁽⁴⁰⁾; prolegómeno ésta de las jornadas festivas de los Carmelos ⁽⁴¹⁾. Al colectivismo y al anonimato de la tradición -aunque no por ello dejase de destacar un grupo de monjas letreras ⁽⁴²⁾- confluían elementos cultos y populares de la lírica profana que en los Carmelos se volvían "a lo divino" y se transmitían por vía oral y epistolar. Se trataba, en la mayoría de los casos, de poesía cantada, acompañada normalmente por palmas, aunque a veces se utilizasen panderetas y tamborcillos. De ello nos da cumplida noticia el propio Francisco de Ribera en su **Vida de la Madre Teresa de Jesús** ⁽⁴³⁾, y su precedente seguramente se habría de buscar en las manifestaciones artístico-religiosas de franciscanos y jerónimos en cuyos conventos, como en los Carmelos descalzos, las palmas se constituían en el más pobre y austero de los "instrumentos" musicales posibles.

Ana de Jesús lleva a Francia esta tradición -junto a las Constituciones de 1581-, y si no la recrea -porque nunca quiso ser monja letrera-, la transmite y potencia en el Carmelo de Dijon, como anteriormente lo hiciera en Beas, Granada o Salamanca, y en relación, no sólo a las monjas-poetisas, sino a poetas de la talla de san Juan de la Cruz. Pero, comprensiblemente, Bremond, refiriéndose a testimonios transmitidos en textos de la famosa **Mémoire**, no va a entender muy bien esta "manera" poética, y desde su postura, todavía deciochesca al juzgar lo ajeno como extravagante -comment peut-on être persan?-, extraña las peculiares manifestaciones de la creación, expresión y vivencia de la tradición poética carmelitana para él llamativamente exóticas: las palmas, signo instrumental de desnudez y pobreza; la danza, dinámica jubilosa del arrebató místico ⁽⁴⁴⁾.

"Un jour, en récréation, la soeur Thérèse chanta... de sa voix angélique, des couplets (...). Ces paroles firent une telle impression sur la Mère Anne de Jésus qu'elle mena toutes ses filles devant le Saint-Sacrement, où, transportée, comme David devant l'Arche, on vit cette vénérable Mère, plus semblable à un séraphin qu'à une créature mortelle, former certains tours dans le choeur, chantant et frappant des mains selon les manières des espagnoles (...). Nos Françaises, peu accoutumées à ces pieuses démonstrations, n'en furent pas moins édifiées que les autres" ⁽⁴⁵⁾.

Del mismo modo que le sorprende la imaginería animalística, "las cigarras cantoras", empleada para designar a las tres nuevas carmelitas borgoñonas:

"Cette cérémonie ⁽⁴⁶⁾, disent nos chroniques, causa tant d'allégresse aux Mères espagnoles que ne pouvant contenir la joie toute sainte qui les transportait, elles l'exprimèrent par des cantiques figurés, accompagnés par una déclamation espagnole qui y donnait beaucoup de grâce. Mais le caractère français n'est pas digne de les comprendre -eh! pourquoi donc?- et notre langue ne peut en rendre l'énergie. La poésie commençait par ces mots: *'Voici venir trois cigales Touchées du Grand Dieu d'amour'*" ⁽⁴⁷⁾.

No creo que la incomprensión tenga nada que ver con el "carácter" ni la "falta de energía" de la lengua francesa, sino, en este caso, con la refracción personal -acaso de grupo o comunidad- a un determinado, no acostumbrado, gusto poético. ¿Conoció Bremond la poesía de san Juan de la Cruz?. ¿Qué opinión pudieron merecerle las "raposas" del v. 126 de *Cántico*?

La marcha a Flandes

En 1606 los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, gobernadores de los Países Bajos, movidos por personas devotas, y con Brétigny de nuevo como negociador del caso y futuro superior, promovieron una fundación en Bruselas que habrá de asentarse en el mismo Palacio Real. El vínculo de ambos con la Descalcez arrancaba de antiguo: Alberto de Austria había hecho posible el establecimiento de las descalzas en Lisboa ⁽⁴⁸⁾. Por otro lado, la relación de la archiduquesa con el Carmelo reformado, y particularmente con Ana de Jesús, se remontaba al tiempo de su juventud en España y de sus visitas al madrileño convento de santa Ana.

La carta que la "Serenísima Infanta escribió a la Venerable Madre Ana en razón de su partida a Flandes", una verdadera invitación sin condiciones, se conserva en el mentado "Carmel Royal" de Bruselas, además de haberse publicado en la antigua y citada biografía sobre Ana de Jesús, compuesta por Angel Manrique ⁽⁴⁹⁾. En ella se expresa, entre otras cosas, un determinado propósito de perpetuar en Flandes el estilo teresiano estricto de vivir la Descalcez al que no pudo ser insensible Ana de Jesús: "Abisadme muy particularmente -dice la infanta a la madre Ana- de todo lo que se uviere de hacer y esto puntualmente, como manda que sea la Madre Teresa; porque no quiero que se exceda un punto en nada. Que pienso no os desagradará esto: ni la vocación de la casa, que es nuestra intención, que sea de Santa Ana y de Sant Joseph (...) de Bruselas día de Santo Domingo 1606. A Ysabel" ⁽⁵⁰⁾.

No se opuso Bérulle a los propósitos de la infanta Isabel de llevarse a la madre Ana; como tampoco se opusiera, dos años antes, Francisco de la Madre de Dios, ante idénticos y efectivos deseos por parte de monseñor. Bremond constata el hecho, no sin cierta sorpresa:

"Ni Bérulle, ni les autres supérieurs ne firent à ce projet qu'une opposition de pure forme. Ils donnèrent à la Mère Anne toute permission de prendre avec elle les religieuses qu'elle jugerait propres à

la seconder, et à Quintanadoine les pouvoirs nécessaires pour procéder à la fondation (...). On ne peut néanmoins s'empêcher de trouver assez étrange l'extrême facilité avec laquelle la France se resignait à voir partir aussi vite cette même Anne de Jésus que, deux ans au paravant, on désirait avec tant d'ardeur et qu'on avait eu tant de peine à obtenir" (51).

Lo sorprendente, en mi opinión, hubiese consistido en ver a Bérulle declinar tamaña oportunidad. Precisamente un historiador del Carmen -y, por cierto, no español- ha resumido la situación en los siguientes términos: "les Supérieurs français et surtout Pierre de Bérulle la craignaient -se refiere, naturalmente, a Ana de Jesús- et ils n'attendaient de cet esprit supérieur et de cette grande âme que des mesures énergiques tendant à les déposséder, si elle restait en France, du gouvernement et de la direction des Carmélites. Cette pensée, ou plutôt ce supçon était d'un grand poids à leurs yeux bien que, d'un autre côté, ils regardassent comme un véritable perte pour leur pays le départ d'un religieuse aussi distinguée..." (52).

A Ana de Jesús se le presentaba ahora una proposición muy pareja a la que le ofreciera la emperatriz María de Austria quince años antes, en la época de su reclusión en Madrid por mandato del General del Carmen, Francisco de la Madre de Dios. Sólo que, en el presente, la madre, en Dijon, no estaba recluida; únicamente alejada de París y de la Corte. Ni se trataba de pasar a las Descalzas Reales, como entonces (53), sino a Flandes, siguiendo en la misma Orden y propiciándosele la ocasión de continuar el principal objetivo de su existencia: la expansión universal de la obra teresiana en su integridad y pureza primitivas. Por otro lado, la marcha a Bruselas habría de permitirle, al cabo, -a salvo de los intereses nacionalistas de Bérulle- la segunda de sus grandes metas: la llegada de los descalzos y la adscripción de los futuros Carmelos bajo su dirección. Acaso, también, la recuperación de Jerónimo Gracián, el primer Provincial, tan caro a la Fundadora, rehabilitado y acogido entre los observantes y de camino hacia Bruselas en el mismo año de 1607 en que ella funde el Carmelo Real.

Sin descomponerse ni faltar nunca el respeto a los superiores franceses -sabía perfectamente que a ellos estaba sujeta por la Bula de la fundación-, apreciando la valía de la espiritualidad especialmente parisina, acrisolada de resultados de las penosas guerras de religión, Ana de Jesús optó por lo que, desde todos los puntos de vista, le era conveniente y propio; siguiéndola -pues tenía licencia para ello (54)-, dos antiguas compañeras de Salamanca, Beatriz de la Concepción y Leonor de san Bernardo, pero también la francesa Marie de saint Albert. El hecho, normalísimo en la dinámica de las fundaciones teresianas, disgustó comprensiblemente a Bremond:

"(...) les carmélites espagnoles, qu'on était allé chercher si loin, et avec tant de peines et de dépenses, commenceraient l'édifice du Carmel français, sans l'achever" (55).

Cierto, puesto que a partir de 1611, del grupo primigenio, quedará sólo en Francia Isabel de los Angeles (56). Pero, a decir verdad, en estos años, el legado espiritual teresiano había fructificado con esplendor. Personalmente, Ana de Jesús

había testimoniado a Bérulle, en carta a él dirigida y probablemente escrita entre mayo y junio de 1605, que en las fundaciones francesas acaso no conviniese que ella fuese más que "la causa de que se comiencen" ⁽⁵⁷⁾; es decir, ser fundadora, en el más estricto sentido. A la postre, es lo que en muchísimas ocasiones, en España, se había visto obligada a hacer Teresa de Jesús -llegar, preparar, disponer, fundar, transmitir a una pequeña comunidad su mensaje: Regla, Constituciones, espiritualidad, estilo de vida y muerte- y de lo que deja clara constancia su **Libro de las Fundaciones**. ¿Leyó Bérulle esta obra que falta en la edición de Foquel? ⁽⁵⁸⁾. Sin duda sí fue leída por Bremond, pues comprende y reconoce lo gratuito de la permanencia de las fundadoras, una vez efectuada la fundación correspondiente; aunque, en el caso de las francesas, se duela por otros hechos que, quizás sin querer, evidencia la madre Ana con su partida:

"Il est vrai que la fondation accomplie, on pouvait se resigner à voir partir les fondatrices. Sans elles, tout se passera le mieux du monde, mais en partant, elles risquaient d'accréditer, dans certaines têtes moins solides, cette idée tout à fait inexacte, que le Carmel français, dirigé comme il l'était des supérieurs étrangers aux carmes, n'était pas dans une situation régulière, n'était pas le vrai Carmel" ⁽⁵⁹⁾.

Sin llegar a las extremas conclusiones de Bremond, sí, en cambio, es menester matizar que la interpretación sobre berulliana del Carmen francés no pudo satisfacer enteramente a Ana de Jesús. Al cabo, pese a las influencias en el desarrollo de las concepciones místicas de monseñor, en las que el propio abate reconoce "sans peine l'action du Carmel" ⁽⁶⁰⁾, la religiosidad propia del futuro Oratorio, obra material y espiritual genuinamente berulliana, y que en estos años se está gestando, obedecerá a "une mysthique particulière, qui n'est pas celle de sainte Thérèse" ⁽⁶¹⁾. Porque, en gran medida, lo que verdaderamente sedujo a Bérulle del "teresianismo" fue, sin duda, el carisma de Teresa de Jesús, su capacidad de atraer y arrastrar, junto a su dimensión ascética, que no es la que, necesaria ni esencialmente, mejor define su personalidad y su doctrina. Aparte quedan las razones de mentalidad y de sensibilidad y luego, evidentemente, las razones políticas, en las que, de manera comprensible, Bérulle y los restantes superiores franceses debían proceder con cautela. El mismo Bremond advierte:

"On était au lendemain de la Ligue. La grande difficulté, on le comprend, était de faire accepter au roi et au pays une invasion espagnole" ⁽⁶²⁾.

Sobre todo, teniendo en cuenta que Felipe II había intervenido activamente en apoyo de la Liga Católica capitaneada por el Duque de Guisa, preconizando luego la candidatura de su hija Isabel Clara Eugenia. Y que, pese a las estipulaciones de la Paz de Vervins en 1598, la política antiespañola de Enrique IV será manifiesta ⁽⁶³⁾. En este sentido, no deja de ser significativo que el permiso de la Corona para la entrada de los descalzos en Francia sólo se haga efectiva después del asesinato del monarca en 1610, en el primer año de la regencia, claramente españolista, de María de Médicis. Resulta, por lo tanto, muy fácil de comprender, y más fácil todavía de disculpar, que la "invasión

mística" de las seguidoras de Teresa de Jesús tenía forzosamente que nacionalizarse; ni política, ni diplomáticamente -y Bérulle fue político y diplomático ejemplar- podía ser una invasión española.

Ana de Jesús se vió envuelta en esta encrucijada de intereses políticos y tendencias religiosas que dificultaron, pero no impidieron, la cristalización de su misión particular: la mayoría de las seguidoras francesas de Teresa de Jesús captaron esencialmente su mensaje. En esta ocasión, como en otras en las que estuvo en juego la transmisión de la herencia espiritual teresiana en su sentido más genuino y profundo, "mejor se enten(dieron) el lenguaje unas mujeres de otras" (64).

NOTAS

(1) **Histoire littéraire su sentiment religieux en France**, Paris, 1923.

(2) **Vid.** al respecto, la obra de Jean Baptiste Eriau, **L'Ancien Carmel du Faubourg Saint'Jacques (1604-1792)**, Paris, 1929.

También: J.P.A. Lalane, **Notice historique sur le Couvent des Carmes Déchaussés**, Versailles, 1854; la **Mémoire sur la fondation, le gouvernement et l'observance des Carmélites Déchaussées publié par les soins des Carmélites du premier monastère à Paris**, Reims, 1894, 2 vols. y André Hallays, **Le couvent des Carmes (1613-1913)**, Paris, 1913.

(3) **Vid.** en general, las célebres y fundamentales **Chroniques de l'Ordre des Carmélites de la Réforme de Sainte-Thérèse**, Troyes, 1846.

(4) En relación a la vertiginosa expansión del Carmen en Francia -sesenta y dos fundaciones entre 1604 y 1668- puede consultarse el clásico libro de Alphonse Vermeulen, **Sainte Thérèse en France au XVII^e siècle**, Louvain, 1958.

(5) **Vid.** las biografías antiguas de Angel Manrique, **La V.M. Ana de Jesús, discípula y compañera de la S.M. Teresa de Jesús y principal aumento de su orden. Fundadora de Francia y Flandes**, Bruselas, 1632 y Bertold-Ignace de Sainte-Anne, **Vie de la Mère Anne de Jésus coadjutrice de sainte Thérèse dans l'oeuvre de la réforme du Carmel et fondatrice de l'Ordre en France et en Belgique**. Malines, 1876-1882, 2 vols. y la más reciente de Louis van den Bossche, **Anne de Jésus Coadjutrice de Sainte Thérèse d'Avila**, Bruges, 1958. Especialmente, el actual y sugestivo estudio de Ildefonso Moriones, **Ana de Jesús y la herencia teresiana. ¿Humanismo cristiano o rigor primitivo?**, Roma, 1968. Resulta también interesante, por la gran riqueza y valor de la documentación, la obra de Silverio de Santa Teresa, **Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América**, Burgos, 1937, t. VIII, cap. XVI, págs. 472-568, y asimismo, los apéndices.

(6) En relación a las vicisitudes de esta fundación, **vid.** el estudio de José M. Montalva, **Beas y Santa Teresa**, Madrid, 1975.

(7) Recordemos que será precisamente ella la encargada de proporcionarnos la crónica fundacional granadina, que se añade a la primera edición del **Libro de las Fundaciones** teresiano, y que se edita en Bruselas en 1610 por las buenas diligencias de la madre Ana: **Libro de las Fundaciones de las hermanas descalças Carmelitas, que escriuio la Madre Fundadora Teresa de Jesvs**. En Brvselas. En casa de Roger Velpio y Huberto Antonio, Impressores Jurados, cerca de Palacio, año de 1610. Con privilegio.

(8) Aunque parece que éste pudo recaer en la madre María de san José (Salazar), según declaración de la propia Teresa de Jesús en carta escrita a la priora de Lisboa siete meses antes de su muerte: "Vuestra reverencia lo dice tan bien todo que, si mi parecer se huviera de tomar, después de muerta la eligieran por fundadora, y aun en vida de muy buena gana, que harto más sabe que yo y es mejor; esto es decir verdad (...)". Carta fechada en Burgos, a 17 de marzo de 1582. Citamos por las **O.C.** de Santa Teresa, ed. de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, 1974, pág. 1094. **Vid.** también, en relación a este asunto, en el marco de la biografía de María de san José, mi artículo

"Exilios y destierros en la vida y en la obra de María de san José", 1616, Madrid, 1988, págs. 51-59.

(9) Vid. nota n. 7, a propósito de la crónica de la fundación de Granada.

(10) A pesar de que en ocasiones rehusó escribir sus memorias, como era habitual entre las seguidoras de santa Teresa "para gloria de Dios", y de lo que nos da noticia su primer biógrafo, el P. Angel Manrique, **Vida de la VM Ana de Jesús cit.**, págs. 356-357, la verdad es que tenemos noticia de la existencia de diarios escritos por la madre Ana. Aparte quedan algunas cartas redactadas en Francia y Flandes y guardadas en el "Carmel Royal" cit. Desgraciadamente, las dirigidas a santa Teresa y viceversa, fueron destruidas, en uno y otro caso, por expreso deseo de la santa, en los por ella llamados "tiempos recios" de la Descalcez. Pero vid., por lo que se refiere a la documentación sobre este asunto, el estudio de Teófanos Egido, "Epistolario" en **Introducción a la lectura de santa Teresa**, Madrid, 1978, págs. 430 y ss.

(11) Declaración aducida por Angel Manrique en **op. cit.** págs. 356-357.

(12) Se trata, naturalmente, de la edición que, preparada por fray Luis de León, y costeada por Juan de Quintanadueñas de Brétigny, se imprime en Salamanca en 1588: **Los libros de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de monjas y frailes Carmelitas descalços de la primera regla**, Salamanca, Guillelmo Foquel, 1588.

(13) Sobre esta abierta y reiterada fidelidad de la madre Ana al espíritu y a la letra de la herencia teresiana, sigue siendo útil la obra de Berthold-Ignace de Sainte-Anne, **Anne de Jésus et les Constitutions des Carmélites Déchaussées ou mémoire historique et justificatif tendant à démontrer que la servante de Dieu Anne de Jésus est restée constamment fidèle à l'esprit du Carmel Réforme par Sainte Thérèse**, Bruxelles, 1874. Circunscritos a la defensa de las Constituciones primitivas en 1591 por el grupo integrado por María de san José, Gracián, y, hasta cierto punto, Juan de la Cruz, además de por la madre Ana, resultan imprescindibles los estudios de Anselmo Donazar, **Principio y fin de una reforma**, Bogotá, 1968, y el **cit.** de Ildefonso Moriones.

(14) Vid., especialmente en lo que se refiere a los problemas, causas y significado de la destitución del anterior provincial y de su repercusión en la Descalcez femenina, aparte de los **cit.** y recientes estudios de Ildefonso Moriones y Anselmo Donazar, el largo artículo de Hipólito de la Sagrada Familia, "Le conflit Doria-Gratien, Étude historique juridique", **Études Carmélitaines**, 25 (1946), págs. 196-273.

(15) Vid., al respecto, el clásico estudio de Michel Houssaye, **M. de Bérulle et les Carmélites de France**, Paris, 1872, y, más recientemente, la importante obra de Jean Dagens, **Bérulle et les origines de la Restauration catholique**, Paris, 1952.

(16) **Histoire littéraire du sentiment religieux en France, op. cit.**, II, pág. 299.

(17) **Histoire cit.**, II, pág. 289. Recordemos que los carmelitas descalzos no se asentarán en Francia hasta 1611 y que, con anterioridad, y por bula del papa Clemente VIII, las monjas estarán sujetas a tres eclesiásticos franceses, coadjutores de la reforma en Francia: el propio Pierre de Bérulle, André Duval y Jacques Gallemand, doctores de la Sorbona los dos últimos.

(18) **Histoire, op. cit.**, II, pág. 299.

(19) **Vie de la bienheureuse Marie de l'Incarnation**, París, 1873, págs. 261-265.

(20) **Vid.** para estos testimonios positivísimos que evidencian la injusticia de los historiadores franceses en la valoración de la Madre Ana, la obra ya cit. de Louis van den Bossche, pág. 196.

(21) Recordemos que en 1592 se imprimieron en Madrid nuevas constituciones para las monjas, surgidas de la Consulta de 1591 y encabezadas por una carta de Nicolás Doria. En ellas aparece retocado todo el texto original teresiano, con merma de autonomía conventual, libertad de confesores y dignidad personal en la Descalcez femenina.

(22) **Vid.** en relación a este personaje central del Carmen francés, y a la congregación aludida la obra de Bruno de Jesús Marie, **La belle Acarie, Bienheureuse Marie de l'Incarnation**, París, 1942.

(23) Obvió, entre las exageradas consideraciones de Bremond al respecto, las intrascendentes, como, por ejemplo, el apego y preferencia de la madre Ana por ciertas cosas que cualquier persona, cualquier mujer sobre todo, puede manifestar en situación parecida de reciente extranjería, severamente juzgada por Bremond: "(...) immobile, figée dans ses souvenirs et ses préjuges nationaux, incapable de rien trouver en France qui la contentait pleinement. Ses lettres sur nous son presque toujours chagrines: 'Envoyez-moi, demande-t-elle à ses soeurs en Espagne, quelque image de la Nativité, car celles que l'on fait ici ne me satisfont point', ou encore: 'quelques parfums pour notre église, car il n'y en a point ici et ceux que j'ai apportés d'Espagne touchent à eur fin'". **Op. cit.**, págs. 309-310. ¡Qué cerca de estos "caprichos" los muchos de semejante índole que afloran por todo el **Epistolario** teresiano, cuando la santa se desplaza de un lugar a otro!

(24) Recordamos que la "limpieza de sangre" será requisito indispensable para la entrada en el Carmen descalzo a partir de 1597.

(25) El asunto será resuelto por Bérulle, mediante la intervención comprensiva de Ana de San Bartolomé. Pero **vid.** al respecto mi estudio "Cartas de Ana de san Bartolomé a monseñor Pierre de Bérulle", **El Crítico**n, 1991, en prensa.

(26) **Vid.** para los pormenores de la situación, y posición de Ana de Jesús al respecto, el fundamental estudio de Jean Orcibal, "La situation en France et le jugement d'Anne de Jésus sur 'L'École Abstraite'" en **La rencontre du carmel thérésien avec les mysthiques du Nord**, París, PUF., 1959, 3-17.

(27) De ella -precioso documento- hay edición de la traducción francesa incluida en la **Mémoire sur la fondation, le gouvernement et l'observance des Carmélites Déchaussées publié par les soins des Carmélites du premier monastère à Paris**, cit., part. IV, II, págs. 18-25.

(28) **Correspondance du cardinal Pierre de Bérulle**, ed. de Jean Dagens, Louvain-París, 1937, I, págs. 72 y ss.; 75-81; 86 y ss.

(29) Soslayo esta desconsideración tan poco feminista, pero tan normal, en el pensamiento de la época.

(30) **Op. cit.**, II, pág. 310.

(31) **Op. cit.**, II, pág. 310.

(32) De hecho, este giro, y en relación al influjo jesuítico, aparece ya patente en el Carmen descalzo en vida de la Fundadora. Pero **vid.**, al respecto, los artículos de Ricardo García Villoslada, "Santa Teresa de Jesús y la Contrarreforma Católica", **Carmelus**, 10 (1963), págs. 231-262; Pablo Maroto, "Santa Teresa de Jesús y el protestantismo español", **Revista de Espiritualidad**, 40 (1981), págs. 290-309 y José Luis González Novalin, "Teresa de Jesús y el luteranismo en España", **Actas del Congreso Internacional Teresiano**, Universidad de Salamanca, 1983, págs. 351-387, con páginas dedicadas a Ana de Jesús.

(33) **Vid.**, a este propósito la obra de Augustin Gazier, **Jeanne de Chantal et Angélique Arnauld d'après leur correspondance**, Paris, 1915 y, muy especialmente, el estudio de Pierre Sérouet, **De la vie dévote à la vie mystique, sainte Thérèse d'Avila, saint François de Sales**, Paris, 1958.

(34) **Op. cit.**, II, pág. 313.

(35) El ideal se fijó, en principio, en doce monjas y la priora que querían simbolizar a los doce apóstoles y Jesús. **Vid.**, al respecto, la carta de santa Teresa a su hermano Lorenzo de Cepeda, fechada en Avila, el 23 de diciembre de 1561, pocos meses antes de la fundación de san José. **Epistolario**, n^o 2, O.C., ed. cit., págs. 669-672. También: **Constituciones**, VI, 17 de la ed. cit.

(36) **Op. cit.**, II, pág. 314.

(37) **Vid.** los estudios de Victor Cousin, **Madame de Longueville**, Paris, 1859, Jacques Debu-Bridel, **Anne Geneviève de Bourbon, Duchesse de Longueville**, Paris, 1960, y Émile Jacques "Madame de Longueville, protectrice de Port-Royal et des jansenistes", **Chroniques de Port-Royal**, Paris, 1980, págs. 87-95, sobre el importante protagonismo de esta mujer en la espiritualidad francesa del siglo XVII, y de manera especial, en relación a la religiosidad carmelitana y jansenista.

(38) "En ello -dirá Anselmo Donazar en **op. cit.**, pág. 181- estaba su punto de fricción con los superiores: los de España la tomaron por una monja revolucionaria; los de Francia por inflexible tradicionalista".

(39) **Vid.**, en este sentido, el ya clásico estudio de Emilio Orozco, "Poesía tradicional carmelitana", **Poesía y Mística**, Madrid, 1959. Además de las obras de Angel Custodio Vega, **La poesía de Santa Teresa**, Madrid, 1975; Víctor García de la Concha, "Tradición y recreación poética en un Carmelo castellano del Siglo de Oro", **Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo**, II (1976), págs. 101-133 y Ana M^a Alvarez Pellitero, **Libro de romances y coplas del Carmelo de Valladolid**, Universidad de Salamanca, 1982.

(40) Sobre este particular, tan importante y característico de la concepción humanística teresiana de la vida conventual, dejó santa Teresa escritas varias páginas preceptísticas diseminadas en el **Libro de la Vida**, ed. cit., VI, 4; VII, 3, 4 y 9; VIII, 12, como asimismo en **Camino de Perfección**, V, 7 y, naturalmente, en las **Constituciones**, VI, 5. Por otro lado, la tradición vivencial y literaria en torno a la recreación quedó patentizada por más de una de sus seguidoras. En esta línea podríamos inscribir las **Conferencias espirituales** de Ana de san Bartolomé en la reciente e importante ed. de las O.C. debidas a Julián Urkiza, Roma, 1981, págs. 554-557, 597-602 y 635-637, y sobre todo, el

Libro de Recreaciones de María de san José. Pero *vid.* al respecto mi artículo, "Diálogos de carmelitas". **Libro de Recreaciones Hispanistas.** Barcelona, 21-26 de agosto de 1989, en prensa.

(41) De este culto, y del trasiego de poemas por carta de un convento a otro -tan propicio para los posteriores cambios y equívocos en la asignación de verdadera autoría-, tenemos buena evidencia en el propio **Epistolario** teresiano. Sirvan de ejemplo las cartas n^{os} 164, 166, 167, 224, 273, de la *ed. cit.*

(42) María de san José, Ana María de la Cruz, Isabel de Jesús, Ana de san Bartolomé, entre otras. Aunque *vid.* al respecto el *op. cit.* de Angel Custodio Vega, págs. 205-216 principalmente.

(43) Salamanca, 1590. Nueva ed. anotada al cuidado de Jaime Pons, Barcelona, 1908, por la que cito: "Gustaba la Madre de que sus monjas anduvieran alegres y que cantasen en las fiestas de los santos e hiciesen coplas. Mas como gustaba de dar ejemplo en todo, hacíalas ella misma y las cantaba en unión de sus hijas sin instrumento ninguno de música, sino acompañándose con la mano, dando ligeras y suaves palmadas para llegar al compás y hacer cierta armoniosa cadencia". Cap. 24.

(44) Y a la mejor manera de san Juan de la Cruz. *Vid.*, en este sentido, los testimonios aducidos por Emilio Orozco, *op. cit.*, pág. 162, enteramente comprensibles desde nuestra perspectiva de casi siglo XXI, y a la luz del relativismo de las formas expresivas de las religiones comparadas. Algunas de estas expresiones, las de los derviches, sufes islámicos, por ejemplo, como símbolo de alegría espiritual.

(45) *Op. cit.*, II, pág. 313. Los textos de la *cit. Mémoire* a los que Bremond se refieren corresponden al T. II, pág. 75.

(46) El autor alude a la toma de hábito.

(47) *Op. cit.*, II, pág. 312. Las cursivas son nuestras.

(48) Melchor de santa Ana, **Chronica de Carmelitas Descalços particular do Reyno de Portugal**, Lisboa, 1657, t. I, lib. II, cap. 4.

(49) *Vid.* nota n^o 5.

(50) La carta, sin desperdicio, y de inmenso valor como documento, me abstengo, con pena, de copiarla por imperativos de espacio, habiendo citado, eso sí, lo que más nos interesa para el caso. *Vid. Biografía cit.* de Angel Manrique, lib. VI, Cap. XIII, pág. 66.

(51) *Op. cit.*, II, pág. 318.

(52) P. Antoine de saint Joachim, en el *op. cit.* de Louis van den Bossche, pág. 205.

(53) Sobre la proposición y la visita de la emperatriz María a Ana, a raíz de la oposición de Ana de Jesús a las nuevas Constituciones de las monjas surgidas de la Consulta de 1591, y de su consiguiente reclusión, *vid.* el *op.* de Silverio de Santa Teresa, **Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América**, Burgos, 1937, VIII, pág. 501. La madre Ana, naturalmente, rechazó la propuesta.

(54) La infanta Isabel Clara Eugenia lo había expresado muy claramente: "(...) espero (...) que podais salir de ay -entiéndase Francia- con las que fueren menester -entiéndase monjas- para lo que tengo dicho. Y estas os pido escojais de vuestra mano, las que os parecieren mas à proposito, paraque se consiga lo que yo pretendo: que es la gloria de Nuestro Señor". Carta cit. pág. 65.

(55) **Op. cit.**, II, pág. 319.

(56) De esta monja, de gran prestigio en el Carmen francés, poseemos una notable monografía debida a Louis van den Bossche, **Isabelle des Anges**, Tarascon, 1951.

(57) **Correspondance du Cardinal de Bérulle**, ed. cit., II, pág. 80.

(58) Aunque la obra circuló manuscrita a través de numerosísimas copias, algunas francesas, como ya hemos indicado, no se publicó hasta 1610, en Bruselas, precisamente al cuidado de Ana de Jesús. Pero vid. la nota n^o 7, además de la "Introducción" a la O.C. de santa Teresa y el estudio de Fortunato de J.S., "Influjo de los escritos teresianos antes de la beatificación de la Doctora Mística", **Ephemerides Carmeliticae** 21 (1970), págs. 354 y ss.

(59) **Op. cit.**, II, pág. 301.

(60) **Op. cit.**, II, pág. 316.

(61) Remitimos al propio Bremond, **op. cit.**, II, pág. 310, para los particualres de un tema que no podemos tratar aquí con detalle. Y, sobre todo, al **op. cit.** de Alphonse Vermeulen, cap. IV. "Bérulle et Sainte Thérèse", págs. 268-282.

(62) **Op. cit.**, II, pág. 283.

(63) Vid. Georges Pagès, **La monarchie d'ancien régime en France (de Henri IV à Louis XIV)**, Colin, Paris, 1932.

(64) Santa Teresa, **Moradas**, prólogo, 5 en O.C., ed. cit., pág. 364.